

• Capítulo III

• Sobre el puente de Neuilly

Distrito 18, París

17 de octubre de 1961

La Rue Charbonnierre transmitía miedo, recelo e incluso cierta duda. Las caras de los que allí se concentraban, denotaban desaliento y aunque alguna de ellas añadía cierto grado de compromiso al conjunto, muchos de ellos habían sido arrastrados de manera forzada. Había jóvenes. Demasiados quizá, para pedir de manera pacífica el fin de la humillación a la que habían sido sometidos a tan temprana edad. Los cabecillas se distinguían por sus proclamas al cielo y por su júbilo desbocado. También había mujeres, niños y ancianos de mirada espesa como el cielo de ceniza que se abatía sobre la ciudad. De las calles adyacentes, descendían entre bulliciosos gritos, multitud de familias ampliando el caudal de gente que desembocaba en el Boulevard de la Chapelle. Paralela a ésta, bajo la estructura de acero y tornillos que sujetaban las vías del tren sobreelevado, se resguardaban gran cantidad de ellos esperando la marcha hacia el centro de la metrópoli. Sin duda alguna, era un día especial, o eso se suponía que iba a ser. Al día siguiente, algunos se lamentarían de haber ido.

Valentín caminó a contracorriente a través de la arteria. Atravesó las vías del tren bajo sus columnas y se internó en la Rue Charbonnierre. El olor a especies e infu-

Sobre puentes y secretos

siones ahogaba el aire y el bullicio de los congregados y de sus tiendas sofocaba el silencio. Tras unos metros enfiló cuesta arriba por el empedrado de la Rue Caplat. Mientras llegaba a la altura del número quince, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y tocó el rugoso sobre. Seguía allí. Su pulso aumentó de forma gradual y un sudor frío surcó su cuerpo cuando se detuvo frente a la puerta. Buscó con la mirada las dos columnatas mohosas que franqueaban el portal y vio su desgastado cartel ajado por el sol. Pensión Sidhoum. Vaciló en entrar pero tras apartar su duda, traspasó la puerta que se mantenía entreabierta.

Una lámpara colgada del techo de escaso amperaje y de idéntico mantenimiento, maquillaba la recepción de la pensión con un tono ocre. Sus muebles, rescatados de su ocaso en alguna escombrera, rellenaban sin agrado para los presentes los escasos metros que componían su exigua sala. La dejadez de su dueño quedaba patente en las profundas grietas y notables corros de humedad que empantanaban sus encaladas y desniveladas paredes. A su diestra, un mostrador con innumerables marcas de llaves sobre su cara más amable servía de refugio a una empleada que agotaba su juventud tras una cara angulosa de color canela y pelo enmarañado. De frente a ella, tres muchachos descansaban sobre un banco alargado y angosto extinguiendo unos cigarrillos de picadura saturando el ambiente con una neblina que hacía si cabe, más vomitivo el lugar.

Valentín se acercó hasta la repisa y la muchacha, ilustrada en el arte de la descortesía, mostró una cara de plomo que invitaba a la disculpa. Éste no se arrugó.

—Buenas tardes— se presentó con una sonrisa amable —¿está Souhila en la pensión?

La empleada se mantuvo de piedra, en silencio, miró a uno de los jóvenes que permanecía en el banco y le hizo una seña con el cuello. Éste, aplastó la colilla en la suela de su zapato y se esfumó como una exhalación entre una bruma azulada hacia las escaleras que daban a las habitaciones.

Valentín repitió la frase.

—¿Está Souhila en la pensión?

—No está, ha salido— respondió la muchacha con desdén.

Valentín no le creyó.

—Por favor, Djamila, ¿podrías decirle que estoy aquí?

Sobre puentes y secretos

La joven de ojos impenetrables repitió la frase.

–No está, ha salido.

–No te creo– reprochó –por favor, dile a tu hermana que he venido a verla.

Djamila se reiteró en su posición. Inalterable.

Unos pasos torpes y acelerados sobre los huecos escalones del fondo, hicieron girar sus cabezas. Entre las sombras del pasillo se dibujaron bajo la tenue luz los rasgos inconfundibles y temperamentales de Aziz Sidhoum precedido de su hijo Amine, el joven que momentos antes llenaba sus pulmones con aquel cigarro argelino. Con paso rápido y desgarbado, llegó hasta la altura de Valentín. El dueño del establecimiento medía dos palmos más que él y la mayor parte de su peso estaba concentrada en su zona abdominal. Su nariz era vasta y dividía su cara a modo de cordillera. A ambos lados, se extendían dos valles ennegrecidos y en el centro unos ojos como el carbón, atestiguaban su nacionalidad. Tenía más pelos en sus cejas que en el resto de la cabeza y el color de su dermis recordaba a la miel.

–¡Aquí no dejaste nada ¡– escupió en su cara.

Un aliento agrio y especiado vino de lo más recóndito de sus intestinos y lo golpeó como un guante.

–Solo he venido a hablar con ella– respondió altivo apartándose de sus efluvios.

Los dos se encararon y sus ojos se encontraron. La tensión se podía cortar con una navaja. Mantuvieron la mirada retándose como dos venados hasta que el dueño del establecimiento rompió el silencio.

–No está y nunca estará para ti– afirmó Aziz acercándose un poco más. Su hijo Amine, lo imitó.

Valentín Soler, intimidado, aún a costa de estar en desventaja numérica, insistió una vez más en su empeño de ver a Souhila pero las únicas respuestas que recibió, fueron las mismas que ya había oído. Estaba claro, no dejarían que la viese. Los otros dos jóvenes que acompañaban a Amine en el banco, se levantaron y se pusieron tras Aziz. Entre los cuatro, podrían darle una paliza de muerte por lo que aseguró su integridad física. Ante esto, reuló hacia la puerta que daba a la calle y desoyendo los ordinarios escarnios que Aziz y sus retoños desprendían de sus cuerdas vocales saltó de nuevo al empedrado de la Rue Caplat.

Sobre puentes y secretos

El frío había importunado al otoño y zigzagueaba entre las callejuelas de la Casbah parisina. El pavimento brillaba bajo los efectos de la humedad reinante marcando sus desgastados adoquines. Se subió la chaqueta hasta la nuez y con largas zancadas avanzó calle arriba con un ojo en la espalda. Cuando llegó a la intersección con la Rue Goutte d'Or, giró hacia la derecha sorteando cuatro escalones que hacían de rotonda. La calle estaba rebotante y era dificultoso avanzar con rapidez. El aroma característico del barrio, a África húmeda y pobre, podía olfatearse en el aire e inundó su mente de recuerdos. Hacía dos años que había dejado aquel arrabal y no lo recordaba tan abandonado. La travesía estaba indecorosamente sucia y el sonido de algunos cristales rotos aullaban bajo sus suelas. El barrio había experimentado un cambio sustancial desde su marcha, la población había aumentado y el número de jóvenes, en su mayoría sefardíes, era considerable. Vio algunas caras conocidas que meses antes se hubiesen parado a hablar con él que rehuían el encuentro enterrándose en los establecimientos. Varios corrillos de adolescentes con el obligatorio cigarrillo enganchado en sus labios se amontonaban en las aceras pasando el día lo mejor que podían esperando a que uno de los cabecillas les indicase la estación de metro que debían de tomar. Valentín siguió su marcha hacia el bar de Brahim alcanzando la Rue de Jessaint. La tasca hacía esquina con la Rue Affre y su fachada, de ladrillo rojo y alegre como el carácter del dueño, encuadraba unas ventanas de vidrieras de vivos colores. Sobre la puerta de madera aún por barnizar, un cartel pintado a brocha y castigado por la herrumbre que se caía a pedazos, componía su apellido en ambos idiomas; La esquina de Rguibat.

Se acercó hasta la puerta y escuchó una rumorosa algarabía seguida de silencios que provenía de su interior. Valentín abrió la puerta y el murmullo cesó. El recinto era diminuto y claustrofóbico, la escasa luz que rebotaba en sus paredes, empequeñecía aún más el lugar. Un mostrador a su izquierda, bajo y magullado, que rellenaba gran parte del establecimiento, servía de parapeto a su dueño. No había ni mesas ni sillas y su aforo máximo, rondarían las veinte personas. Sus paredes, empapeladas con unos motivos florales que recordaban a algunos edredones, sostenían un par de cuadros con unas fotos en blanco y negro de algunos pasadizos de la Casbah argelina. Brahim blandía un trapo con soltura intentando limpiar los cercos resecos de la barra mientras que al fondo, alrededor de un par de individuos que dirigían una conversación, se congregaba en círculo un grupo de diez o doce personas. Estos, al verle llegar, giraron sus mulleras hacia su figura clavándole sus

Sobre puentes y secretos

miradas como saetas. El dueño del bar saltó de la barra y en su camino hacia Valentín, incitó al grupo a que siguiese la animada tertulia. El círculo se cerró receloso y los dos personajes que llevaban la voz cantante, siguieron con su perorata.

Brahim Rguibat no había cambiado nada. Su cuerpo ágil y bastante esquelético, conseguía sujetar una camisa brillante de color crema y unos pantalones de tergal negros. Su cabeza era diminuta y su cabello, erizado a más no poder, llevaba un corte por el que no habría pagado más de cuatro francos. Su mostacho espeso e impenetrable sujetaba una nariz alargada y huesuda. En su cuello descubría una cicatriz a la altura de la nuez recuerdo de una noche de tortura en su país de origen. Sus ojos, diminutos como los de una comadreja, hablaron por él entre un desmesurado abrazo.

—¿Se puede saber donde demonios te has metido todo este tiempo?— preguntó con una voz grave y rota.

Valentín correspondió con otro abrazo de igual índole.

—Sobreviviendo, que no es poco.

Brahim sonrió mostrando tres huecos en su dentadura inferior.

—Te la jugó bien el viejo, ¿Eh?— dijo entre la risa.

—Así es, tiene buenos contactos.

—Dime, ¿qué se te ha perdido en este tugurio?— preguntó mientras lo llevaba hacia la barra— tú que has podido salvarte, ¿a qué has venido de nuevo?

Valentín no se anduvo con rodeos.

—He venido a hablar con Souhila, tengo que estar con ella.

El dueño del local lejos de ocultar su opinión, la descargó sobre su amigo enseñándole una mueca de desaprobación.

—¿Qué significa esa cara Brahim?

El argelino no dudó en contestarle y así se lo hizo constar por el bien de la integridad de su invitado.

—Mal asunto amigo. Aléjate de Aziz, no es buena gente, es el peor enemigo que hubieses podido tener. Si quiere, te puede machacar, pertenece a la cepa más extrema del FLN, tú ya me entiendes. Se rumorea que el atentado contra la comisaría de

Sobre puentes y secretos

Nanterre, fue obra suya. Apártate de Souhila y déjalo estar. Hazme caso o acabarás mal, muy mal.

Brahim había llegado al barrio a inicios de los años cincuenta huyendo de una Argelia poblada de colonos en busca de fortuna. Originario de Lajdaria, una región boscosa y agreste cuna de la guerrilla independentista, había decidido salir del país después de haber pasado por las manos cobardes de la tortura que le habían marcado una voz áspera después de haber pasado por una traqueotomía. Su familia no habría tenido un futuro seguro por lo que decidió que aquellos que le habían marcado para siempre, serían los que tendrían que mantener a su familia. Era una de esas personas que hablaba desde el corazón. Amigo de sus amigos y conocido de sus enemigos, sus diálogos siempre eran escuchados con atención allí donde los exponía. Nunca añadía una coma de más y menos desplegaba algo que luego debiera de retractarse. La verdad era la base de sus pláticas pesase a quien pesase.

–Anda, vamos– continuó– te invito a un trago.

Brahim saltó la barra como una langosta y se introdujo en ella. Cogió dos vasos sin brillo y los llenó a media altura con un líquido de color oscuro, espeso y seguramente con un alto grado de alcohol.

–¡Brindemos por ti!

Valentín alzó su bebida y tras golpear su vaso contra el de su amigo, engulló el contenido notando todo su poder a través de su esófago. Su estómago comenzó a achicharrarse y una excitación comenzó a galopar a través de su organismo desembocando en un tosido brusco. Brahim no pudo contener la risa.

–¡Esto no es cava catalán!– exclamó el tabernero.

–No– masculló con ojos lagrimosos– es gasolina sin refinar. Esta horrible.

–Es un licor casero, lo llamamos palestro, en honor a mi antiguo hogar. Lo hace mi mujer Meriem –aclaró mientras apartaba unas gotas que habían quedado atrapadas en el boscaje de su bigote– está hecho con té verde, menta, ajeno, esencia de bodiana y cáscara de naranja.

–Pues no le des la enhorabuena– consiguió articular sofocando un tosido–bonita forma de transgredir tus normas coránicas.

–Bueno, la verdad es que me estoy europeizando.

Sobre puentes y secretos

Los dos rieron al unísono.

–Se ve demasiado movimiento en el barrió– extendió Valentín después de acabar el trago y la risa.

Brahim lo llevó hacia una esquina con disimulo. Lejos de la docena de personas que se congregaban en el bar. Cuando se supo lo suficientemente seguro para poder hablar, lo hizo susurrando envuelto en un halo de misterio.

–¿Supongo que estarás al tanto de lo que está sucediendo estos últimos meses con la policía?

–No creo que haya nadie en el país que esté ajeno a lo vuestro– afirmó rotundo.

–Francia tiene prácticamente perdida su colonia argelina al igual que su orgullo. Va a tener que esconder el rabo entre las piernas y eso querido amigo, para un francés, es como anunciar su adulterio en el periódico. Están heridos en lo más profundo de su ego y nos odian. Es evidente que esto acabará mal, muy mal.

–Bueno, tampoco el FLN es una congregación de marianistas.

Brahim rió arrugando su frente.

–El FLN va a por todas. Lo fácil ya se ha hecho en Argelia. Ahora, con un país desangrado y masacrado, serán muchos los que quieran coger parte del pastel.

Valentín miró de soslayo a los dos cabecillas del grupo.

El más alto rondaría los cuarenta. Era largo y fibroso y con sus extensos brazos hacía unos aspavientos que transmitían confianza. Tenía raya a un lado y un bigote recortado con esmero. El otro en cambio, era unos diez centímetros más bajo y ostentaba un abdomen que intentaba disimular sin éxito inhalando repetidas bocanadas de aire. Mostraba una frente abierta y el escaso pelo que aún se resistía a caer era grisáceo y alborotado. Carecía de bigote y lo más destacable de su cara, eran dos aros violáceos que almohadillaban sus ojos. Los dos hablaban sin parar al resto del conjunto gesticulando y adornando su arenga con unos ademanes dignos del político más ilustrado.

Cuando el más alto giró la cabeza y se encontró con lo ojos de Valentín, alzó las cejas y lo miró con desazón. Éste, se apartó de la trayectoria de su mirada y continuó escuchando al bodeguero que se había dispuesto a secar unos vasos con ritmo marcial.

Sobre puentes y secretos

–Esta noche, como sabrás, hay una manifestación pacífica– continuó Brahim– todos estamos convocados. El toque de queda es represivo e indigno en un país que el que sus siglas de identidad hacen gala de valores tan humanos como los que envuelven su bandera.

–Por eso esos dos están convenciendo a la gente– se mofó rehaciendo sus pasos y observando de nuevo al grupo.

–Es una cuestión de honor poder participar en ella. Estamos obligados a hacerlo para que alguien nos oiga y tome partido en todo ello. Es injusto lo que nos están haciendo.

–¿Y qué pasa si uno se niega?

Brahim paró de secar los vasos, se colgó el trapo de su hombro derecho y clavó su mirada en sus pupilas. No contestó. No hacía falta.

–La misma medicina ¿no?– extendió Valentín.

Tras unos segundos en silencio Brahim movió sus cuerdas vocales.

–Ha habido muchas torturas por parte de la policía. Esto parece un campo de batalla. ¿Te acuerdas de Abdelaziz? ¿El inquilino que vivía enfrente tuyo en la pensión de Aziz?

Valentín hizo memoria. Vagamente recordaba a un adolescente que no sumaría más de veinte años, de ojos encharcados, de espíritu decaído y escaso brío que vivía frente a su habitación. Se pasaba el día dándole al hachís y a matar las horas cotilleando tras la puerta.

–Sí, claro que me acuerdo de él. Un tipo raro.

–Un día la policía lo detuvo. Tras pasar una semana entre sus manos, ya no ha sido el que era.

–Bueno, tampoco era gran cosa– cortó Valentín.

–Al margen de eso– continuó Brahim– Ahora está en el centro de Villejuif aquejado de depresión paranoide. Ha perdido el rumbo.

–Difícil situación es la que se os presenta.

–Espero que esta manifestación sirva para algo.

Valentín suspiró y asintió con la cabeza.

Sobre puentes y secretos

La tarde iba muriendo entre vasos de palestro e interesantes conversaciones fundamentalistas e ideológicas. Brahim continuaba con su afán de solución independentista con el tema argelino y Valentín asentía más por el cansancio que por aprobación. La noche se estaba abatiendo sobre el representativo barrio y el murmullo de decenas de personas comenzaba a aumentar en la calle. Hacía rato que el grupo que les acompañaba había dejado el local.

–Es hora de marchar– afirmó Brahim con ojos vidriosos.

Valentín, con una tasa de alcohol lo suficientemente alta como para tenerse que valer de algo firme para levantarse de la silla, contestó con un simple gesto de cuello.

–¡Yo voy a ir a por Souhila!– consiguió articular.

–Anda, no digas tonterías– recriminó Brahim sujetándolo del hombro– estas que no te tienes.

–¡He dicho que voy a ir a por ella!– verboseó mientras se balanceaba.

–Mírate, estas borracho.

–Alegre, solo estoy alegre.

–No lo hagas, Aziz te impedirá que la veas.

–¡Ella me ha pedido que venga!– dijo extrayendo un sobre del bolsillo de su chaqueta.

–¿Qué pone en esa carta?

–Pronto lo averiguarás.

Brahim desoyó sus palabras.

–Déjalo, olvídate de ella– aconsejó desde el cariño– te repito que te vas a buscar un problema con Aziz.

Su amigo no había terminado de concluir la frase cuando vio en la mirada de Valentín la imagen serena del que se enfrenta a la verdad con el rostro descubierto. Haciendo un par de eses, surcó la puerta de salida y se mezcló con la corriente de gente que marchaba hacia la manifestación. Brahim sabía perfectamente qué es lo que ponía en el sobre.

A los pocos minutos, entró de nuevo en la recepción de la pensión Sidhoum.